

podemos aproximarnos al trono de la gracia, para encontrar gracia y misericordia cuantas veces tengamos necesidad de auxilio. ⁽¹⁾

9. Fuera de Cristo no hay salvación; todo bien procede de Él.—Pero ¿de qué procede que seamos tan poco escuchados, y que Dios, al parecer, no preste oídos á nuestros suspiros? Sin embargo, se nos ha dicho: «Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá.» ⁽²⁾ Pero ¡cuántas veces hemos llamado, y llamado fuertemente, sin que la puerta se abriese, y nos hemos tenido que volver con la amarga idea en el alma de que la oración ya no nos sirve de nada, de que también Dios ha perdido la piedad que nos rehusan los hombres! Pero no. En este caso, cometemos una injusticia con Dios, ya que esto no depende de Él, sino de nosotros. ¿No nos ha dicho Él, hace ya mucho tiempo: «Cuando llaméis, llamad bien?» ⁽³⁾ ¿No nos ha hecho decir por su Verbo Encarnado: «Todo os lo dará el Padre, con tal que se lo pidáis en mi nombre?» ⁽⁴⁾ Sin duda que nosotros nos preguntamos: «Pero ¿cómo, en casa de quién? Llamamos, pero ¿á qué puerta? Buscamos un acceso, pero ¿por medio de quién? ¿Ya no hay Dios en Israel, puesto que solamente rogamos con dudas, como para tentar al Señor? ¿Es que la fe en nuestro mediador ha desaparecido ya, hasta el punto de que aun los cristianos recurran á toda especie de adivinos, antes de dirigirse á Jesucristo?» ⁽⁵⁾

Aprendamos, pues, de nuevo dónde se encuentran la prudencia, la fuerza, la circunspección, y de nuevo veremos, como en los antiguos días de fe cristiana, dónde se encuentran la vida, la luz y la paz. ⁽⁶⁾ Aprendamos y oremos por Cristo, y luego seremos escuchados por el Padre.

(1) Hebr., II, 17, 18; IV, 15, 16. Eph., III, 12.

(2) Matth., VII, 7; XXI, 22. Marc., XI, 9. Luc., XI, 9. Joan., XIV, 13, Jac., I, 6. Jerem., XXIX, 13. Am., V, 4.

(3) Is., XXI, 12.

(4) Joan., XIV, 13; XVI, 23. Hebr., IX, 25. I Joan., V, 14.

(5) IV, Reg., I, 6.—(6) Bar., III, 14.

¡Que el que quiera llamar, llame á la buena puerta! ¡Que el que quiera marchar, marche por el buen camino! Sólo hay una puerta, y ésta es Jesucristo. ⁽¹⁾ Nadie ha llegado jamás á Dios por puertas indirectas. Sólo hay un camino que conduce á la vida, y es Jesucristo. ⁽²⁾ Los caminos tortuosos desvían. No puede dañarnos el que hagamos llamar á esta puerta, en beneficio nuestro, por mediación extraña; y sólo ventajas podemos obtener, si marchamos por este camino, bajo una dirección segura, á la cual Él mismo ha confiado la vigilancia del camino que conduce á la vida. ⁽³⁾ En vano es que uno busque el camino, si quiere sustraerse á este poder, que es la Iglesia. El que no está en armonía con ella; el que no escucha á la verdadera Iglesia, bien puede decir que pertenece á Cristo, pero sólo de nombre. ⁽⁴⁾ Y en este caso, ¿qué le resta, si ha roto sus relaciones con Cristo? No hay ni remisión de pecados, ni gracia, ni paz, ni sabiduría, ni conocimiento de Dios, ni virtud perfecta, ni justicia completa, sino por Cristo. ⁽⁵⁾ No hay otro nombre bajo el cielo por el cual los hombres puedan ser salvados, ni en ningún otro se halla la salvación; ⁽⁶⁾ nadie puede establecer otro fundamento que el que ya está establecido, es decir, Jesucristo. ⁽⁷⁾

Pero el que le acoge y procura acercarse á Dios por Él, ⁽⁸⁾ no sólo formará parte de los hijos de Dios, ⁽⁹⁾ sino que recibirá también la plenitud de su gracia. ⁽¹⁰⁾ Hay en Él una virtud capaz de curar á todo el que quiere ser curado. ⁽¹¹⁾

(1) Joan., X, 9.

(2) Joan., XIV, 6.

(3) Cf. Hieronym., *In Ps.* 118, 1, 3.

(4) Chrysost., *In act. apost.*, 33, 4. Augustin., *Enchirid.*, 1, 5. Vincent. Lirin., *Common.*, 34. Ambrosius, *In Luc.*, I, 7, n. 95. *De spirit. sancto*, 3 (18), 17, 122. Ambrosiaster, *In I Cor.*, III, 11. Greg. Mag., *Moral.*, 20, 17.

(5) Act. Ap., V, 31, II, 30. Luc., XXIV, 47. I Cor., I, 30. Matth., XI, 27. Luc., X, 22. Joan., I, 18; VII, 28; VIII, 19.

(6) Act. Ap., IV, 12.

(7) I Cor., III, 11.

(8) Ephes., III, 12.

(9) Joan., I, 12.

(10) Joan., I, 16. Col., II, 10.

(11) Luc., V, 17.

No ha traído á la tierra esta virtud para guardarla para sí—porque ¿de qué le serviría?—sino para utilidad de sus hermanos. Todos los que seguían sus pasos procuraban tocarle, porque brotaba de Él una virtud que los curaba á todos; ⁽¹⁾ y al punto sentían que eran curados. ⁽²⁾ Y por Él fueron realmente curados, y vieron, y anduvieron y fueron purificados y resucitados. ⁽³⁾ Él mismo refirióse, ante sus enemigos, á estos hechos, como prueba de su misión y poder divinos. ⁽⁴⁾ El pueblo veía esto con asombro, ⁽⁵⁾ sus enemigos lo confesaban con ira, los representantes del poder público, que de ello fueron casi siempre testigos, declaraban que era imposible negarlo. ⁽⁶⁾

Pero ¿tenemos acaso necesidad de viejas pruebas? Hasta hoy, poseemos el testimonio unánime de todos los que han transfigurado nuestra naturaleza y ennoblecido nuestra raza, con la virtud, el sacrificio y la santidad. Todos aseguran, de común acuerdo, que á Cristo deben lo que han llegado á ser, y, con su vida, ponen el sello á la confianza que se debe tener en sus palabras. Con frecuencia, antes de conocerle, eran criminales; quisieron ser mejores, y, para esto, ensayaron todo lo que puede la fuerza y todo lo que enseña la sabiduría humana. Pero todo esto fué en vano; todo el hastío, toda la vergüenza, todo el despecho que les causaba su conducta indigna de hombres, de nada les sirvió. Sólo cuando su dulce mirada hubo penetrado en su corazón, sólo cuando hubieron fijado en Él atentamente sus ojos, una vergüenza saludable, un impulso hacia lo mejor, y la voluntad de corregirse, penetráronlos hasta el fondo de su corazón, como una espada de dos filos. Y desde el momento en que osaron tocar el borde de su vestido, sintieron que se convertían en hombres nue-

(1) Luc., VI, 19.

(2) Marc., V, 29.

(3) Basilius, *De spirit. sancto*, 8, 19. Thomas, 3, q. 8, a. 1. Joan. Prudentius, *Comm. in 3. D. Thomæ*, tom. II, tr. 1, d. 2, dub. 3, s. 3 (Lugd., 1654, II, 58 y sig.).

(4) Matth., XI, 5. Luc., IV, 18.

(5) Matth., XV, 31. Marc., VII, 37.

(6) Joan., XI, 47. Cf. Act. Ap. IV, 16.

vos, á consecuencia de la nueva fuerza que los penetraba. La vergüenza de la fe convirtiéndose en su consuelo, las delicias del pecado inspiráronles un terror indecible, el trabajo, los esfuerzos para vencerse, la fidelidad al deber, el sacrificio, fuéronles tan naturales como el aire y el alimento. El coronamiento de espinas del Maestro fué para ellos un aderezo muy estimado, su cruz su fuerza, lo imposible casi un juego. Esto dió á su vida un carácter completamente diferente; lo que hacían era también su obra propia, y en esto consistía su mérito; pero lo era por la virtud del Señor, y de aquí que fuese esto su honor.

Si, pues, los honramos, honramos á Él en ellos. ¡Dios sea por ello alabado! Á nadie se le ocurre tributar á un hombre honores sobrehumanos á causa de sus acciones, aun cuando haya dado pruebas, como tantos santos, de una energía sobrehumana, y aun cuando haya realizado obras superiores á las fuerzas del hombre. Sin duda que honramos á nuestros santos, y para ello tenemos motivo como hombres y como cristianos; pero precisamente como cristianos también, sabemos á quién honramos en ellos, y Dios también lo sabe, Él, que es nuestro testigo, Él, al cual reconocemos como único juez superior á nosotros: «Tus obras en ellos son, ¡oh Cristo! ⁽¹⁾ las que nos entusiasman para imitarlos; á tus dones en ellos atribuimos un honor bien merecido. Hacia ti nos elevamos al inclinarnos ante ellos, hacia ti, cuya majestad se digna descender hasta su bajeza, hacia ti, por cuya virtud su fuerza á todo se ha atrevido y todo lo ha realizado.» ⁽²⁾

10. Cristo todo en todo.—Entre esos héroes, que son ornamento de nuestra raza, los unos han plantado, los otros han regado, cada uno según la gracia que le fué dada. Todos han hecho algo, los unos más, los otros menos. Pero hay uno que pone la base en ellos, que les da la fuerza que necesitan; uno que fortifica sus actos, y hace crecer su semilla; es Aquél por quien nos vienen todos los dones de

(1) Bern., S. 42, 1. *Vita S. Bernardi*, 7, 29 (VI, 1237).

(2) Phil., IV, 13.

Dios, Aquél por quien somos lo que somos, ⁽¹⁾ si, con todo, somos algo. Él es la viña plantada por el Padre, y nosotros los racimos. El que no permanezca unido á Él, cae como el sarmiento seco. El que permanece en Él, produce frutos ricos, no por sí mismo, sino por la vida de la cepa. ⁽²⁾ Cuanto más estrechamente unido esté uno con Él y por modo más viviente, más vida tiene, más fuerza, más éxito. De buen grado admitimos todo el bien que el Humanismo hace en torno suyo; pero ese hastío por lo que es humano, esa saciedad de la vida, ese pesimismo, que, en el mundo, hace y deshace, sin preocuparse de Jesucristo, nos dicen cuán poco es todo esto y cuán mediano. Sólo aquellos que están unidos á Cristo, no sólo por un tiempo determinado, no sólo á medias y con reservas, sino por modo completo é indisoluble, han encontrado la virtud completa, la dignidad verdadera, tanto la humana como la sobrenatural, la fuerza allí donde todo auxilio humano les faltaba, la perfección y la obtención de los fines más elevados. Han querido ellos á su vez dar algo en cambio de este amor, y no han creído hacer demasiado, sacrificándose por completo por Aquél que primeramente sacrificóse por completo por ellos. Pero vieron que nadie da algo á Dios, como tampoco Dios toma nada de nadie. Mientras ellos se apartaban á medias de Él, mientras se abandonaban á Él á medias, como si no estuviesen seguros de Él, no quería confiarse completamente á ellos con su fuerza y su consuelo. Pero en el momento en que se lo daban todo, sin reservar nada para sí, salía Él por completo de su reserva, y, con Él, todo les era dado. ⁽³⁾ Lo que Él había hecho era para ellos, y lo que ellos habían hecho para Él, retornaba á ellos con usura. ⁽⁴⁾ Querían ser pobres por Él, que se había hecho pobre por nosotros, aunque era rico, ⁽⁵⁾

(1) I Cor., III, 6 y sig.; XII, 6; XV, 10. II Cor., XI, 5. Eph., I, 19; III, 7. Col., I, 29.

(2) Joan., XV, 1 6.

(3) Rom., VIII, 23. I Cor., III, 22.

(4) Augustin., S. 391, 2.

(5) II Cor., VIII, 9.

pero rico en misericordia ⁽¹⁾ para todos los que se entregan á Él, y se convertían en ricos por su pobreza, ⁽²⁾ ricos en conocimientos, ⁽³⁾ en gracia, ⁽⁴⁾ en soberbia herencia, ⁽⁵⁾ en todas las cosas, ⁽⁶⁾ de tal suerte que nadaban en la abundancia, y que, en su pobreza, podían dar á los otros más que antes con sus presumidas riquezas. ⁽⁷⁾

¡Oh hombre, cuán rico te hace la pobreza del Hombre-Dios, y cuán grande su humillación, cuando las comparas con Él! Y, sin embargo, sólo se ve en tu cuerpo mortal la mortificación, la vida y la muerte de Jesucristo. ⁽⁸⁾ Porque no sabemos aún lo que seremos un día. ⁽⁹⁾ ¡Cuán grande serás un día ante el mundo, cuando Él manifieste su majestad á tus ojos, cuando, después de sufrir con Él, te glorifique con Él! ⁽¹⁰⁾

Así, pues, después de recibir á Cristo Jesús, nuestro Señor, andad en Él, arraigados y sobreedificados en Él y fortificados en la fe, tal como lo aprendisteis, y haciendo progresos en ella con acciones de gracias. ⁽¹¹⁾ Considera Él cada uno de nuestros progresos como sus progresos, y cada fruto que recogéis como un fruto que le ofrecéis. ⁽¹²⁾ Procurad ser suyos en todo, puesto que Él es vuestro en todo, ⁽¹³⁾ la reconciliación de vuestros pecados, ⁽¹⁴⁾ la paz con Dios apaciguado, ⁽¹⁵⁾ el altar de donde vuestras oraciones y vuestras obras se elevan á Dios, como suave perfume, ⁽¹⁶⁾

(1) Eph., II, 4. Rom., X, 12. Col., III, 8.

(2) II Cor., VIII, 9.

(3) Col., II, 2. I Cor., I, 5.

(4) Ephes., I, 7; II, 7.

(5) Ephes., I, 18; III, 16.

(6) I Cor., I, 5; IV, 8.

(7) II Cor., VIII, 14; IX, 8 y sig.

(8) II Cor., IV, 10 y sig.

(9) I Joan., III, 2.

(10) Rom., VIII, 17.

(11) Col., II, 6-7.

(12) Bernard., *Cant.*, 63, 5.

(13) Col., III, 11.

(14) I Joan., II, 2; IV, 10.

(15) Eph., II, 14.

(16) Ambros., *In ps.* 118. S. 3, V. 18. Andreas Coesar., *In Apoc.*, c. 21. Radulph. Flor., *In Levit.*, I, 1, c. 1.

guía de la patria celeste, ⁽¹⁾ origen y raíz, flor, cabeza y coronamiento. ⁽²⁾ Por vosotros ha inclinado el cielo hacia la tierra y unido la justicia y la misericordia; ⁽³⁾ por vosotros ha atemperado en sí lo sobrenatural por lo natural, y transfigurado lo natural por lo sobrenatural. ⁽⁴⁾ Por vosotros se ha hecho niño, á fin de elevaros á la edad de su propia y completa madurez. ⁽⁵⁾ Por vuestra salvación, Dios se ha hecho Hombre-Dios, para que vosotros también, cristianos, podáis llegar á ser una sola cosa con Jesucristo, y aun Hombres-Dioses. ⁽⁶⁾

11. El resumen de todos los deberes del cristiano consiste en la imitación de Cristo.—Sin duda que nadie nos preguntará ya qué utilidad reportamos en no tener otro centro de nuestros pensamientos y acciones que el Hijo de Dios hecho hombre. Acaso los lisiados y mendigos, que eran agrupados en los caminos y tras las cercas, para reunirlos en torno del Hijo de Dios en el banquete de bodas, ¿preguntaron si aquello les era útil? ¿De qué sirve entonces esta pregunta, si se trata de unirnos por la gracia con Él, y de seguir, por la fe y en su vida, á Aquél que está lleno de gracia y de verdad, ⁽⁷⁾ á Aquél en quien se ocultan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia? ⁽⁸⁾ Cuanto más estrechamente unidos estamos á Él, con más abundancia fluye sobre nosotros lo que él posee, á saber, calor y luz, fuerza y vida sobrenatural. Cuanto más le contemplamos, mejor aprendemos las costumbres que convienen á los hijos de Dios, consistiendo nuestra mayor empresa en apropiárnoslas, ya que para esto somos cristianos. De aquí que el resumen de todos los deberes del cristiano consista en la imitación de Jesucristo. Si en

(1) Hebr., VI, 29. Cf. Primasius.

(2) Augustin., *C. lit. Petil.*, 1, 56; 7, 8; 3, 42, 51; 43, 52; 52, 64.

(3) Ps. 84, 11.

(4) Augustin., *Ep.* 137, 2, 9. Leo, *Ep. ad Flavian.*, c. 4.

(5) Ephes., IV, 13.

(6) Cf. Aug., *Civ. Dei*, 17, 4, 9.

(7) Joan., I, 14.

(8) Col., II, 3.

la medida de nuestras débiles fuerzas, obramos como Él, procederemos de la mejor manera posible.

Ahora bien, como Hombre-Dios, todo lo ha hecho por Dios. Cada una de sus palabras y cada uno de sus actos han mostrado que Dios estaba verdaderamente en Él. Sus pensamientos estaban puestos constantemente en Dios. Muy lejos de que el mundo le arrancase del corazón de Dios, su humillación hasta los hombres y hasta las cosas externas, no ha hecho, por lo contrario, más que conducirle de nuevo hacia el Padre. De aquí que todo lo que exteriormente hacía no era otra cosa que el desarrollo inmediato del pensamiento y de la voluntad de Dios. Su juicio se basaba en la manera como entendía hablar de Dios; de de aquí que su juicio fuese exacto. ⁽¹⁾ No decía más que lo que su Padre le había enseñado, y lo que había visto en su padre. ⁽²⁾ No eran suyas sus palabras, sino del Padre que le había enviado, ⁽³⁾ y obraba siempre como le había ordenado su padre. ⁽⁴⁾ Su exterior era expresión fiel de su interior santo; todo su ser y sus acciones todas estaban llenas de Dios.

Seguíase de aquí naturalmente que cada uno de sus rasgos era expresión de Dios, y conducía á los hombres á Dios. Era esto tan natural en Él, que nadie podía pensar lo contrario. No había en Él nada de esa afectación forzada que se encuentra en el mundo, nada de esa solemnidad artificial que vemos en los hombres que representan un papel público, nada de ese fastidioso monopolio del nombre divino con el que la falsa piedad produce á veces un efecto tan repulsivo. Todo esto no es más que superficialidad y brillo externo. En Él todo procedía del interior, y de aquí que todo obrase en Él por manera atractiva, y que todo condujese á Dios. Su ser y su conducta aparecían, si se nos permite la expresión, como una lámina de

(1) Joan., V, 30.

(2) *Ibid.*, VIII, 26, 28, 38.

(3) *Ibid.*, XIV, 24.

(4) *Ibid.*, XIV, 31.

purísimo cristal tras de la cual brilla una luz, ó como un foco vivísimo. Nadie puede mirar el cristal sin ver la luz, nadie puede aproximarse al foco sin sentir calor, y todos encuentran esto completamente natural, porque la luz hace luminoso el cristal, y el fuego hace ardiente el foco. Jesucristo podía, pues, decir: «El Padre, que está en mí, Él hace las obras.» ⁽¹⁾ De aquí que refiriera á su Padre todas sus acciones. Como los seres misteriosos, de que habla Ezequiel, iba siempre recto delante de Él; iba á donde le impulsaba su espíritu, y una vez en movimiento, no volvía sobre sus pasos. ⁽²⁾ Pero el fin hacia el cual se dirigía no era más que uno siempre y en todas las cosas; la voluntad, el amor, el honor de Dios.

He aquí, pues, la imagen de nuestra vocación. Que nadie diga que es demasiado difícil. Para realizar nuestra empresa, tenemos precisamente á Jesucristo. No es Él simplemente un hombre que puede alentarnos; no es simplemente un Dios, cuya santidad nos haría retroceder de espanto. Del mismo modo que lo divino y lo humano se han unido en Él del modo más estrecho, sin que ni lo uno ni lo otro hayan salido en lo más mínimo perjudicados, así también no tenemos necesidad de otra cosa que de adherirnos á Él como la rama al árbol, como el sarmiento á la cepa, y con ello podemos hacer frente á todas las dificultades. Porque si nos fortificamos con Él, todo lo podemos en Él, ⁽³⁾ todo lo que es, humanamente hablando, hermoso y noble, todo lo que, desde el punto de vista cristiano, es bueno y sublime, y aun lo que en apariencia es inaccesible al poder humano.

12. Cristo nuestro todo.—¡Cómo debemos, pues, felicitarnos y dar gracias á Dios de habernos ofrecido la posibilidad de convertirnos en hombres, en cristianos y aun en Cristos! ⁽⁴⁾ Sí, tu eres Dios y hombre para nosotros, Se-

(1) Joan., XIV, 10.—(2) Ezech., I, 12.—(3) Phil., IV, 13.

(4) August., *Joan.*, tr. 21, 8. Ergo gratulemur et agamus gratias non solum nos christianos factos esse, sed Christum. Eus. Cæs., *Dem. ev.*, I, 5 (12, a). Cyr. Hier., *Procat.*, 15. *Cat.*, 10, 15, 16. *Cat.*, 22, 1, 3.

ñor Jesucristo, y, no obstante, no eres más que uno, y, en este único todo, Dios y hombre, señor y hermano, modelo de sufrimientos y recompensa de sacrificios, espejo de la vida y corona de la perfección, no hay más que una sola cosa que tú no seas, nuestro verdugo, lo que—así lo esperamos—no lo serás jamás, después que no has vacilado en morir para rescatarnos. Te seguimos jovialmente como hombre, para llegar un día hasta ti, nuestro Dios. Aceptamos ahora, con reconocimiento de tu parte, la participación en tu cruz, para poner nuestra fidelidad á prueba, y recibiremos aun, con mayor gratitud de tu mano, la participación de tu esplendor. Pero hay una cosa que te pedimos con vivas instancias, la de conservar siempre, en las pruebas y en las alegrías, en la lucha y en la victoria, en nuestra peregrinación terrena y en nuestra llegada al término, la semejanza contigo. Y si no merecemos todavía esta gracia, proporciónanos por lo menos la lucha, para asemejarnos á ti, á ti, que eres para nosotros, en todas partes y siempre, el principio, el medio y el fin, nuestro modelo, nuestra fuerza, el Hombre-Dios, Jesucristo.